

El cuidado: ¿coste o prioridad social?

Cristina Carrasco
Universidad de Barcelona

El análisis de los costes y beneficios económicos del cuidado es un tema complejo que se puede abordar desde diferentes perspectivas. Mi reflexión intenta aportar precisamente en esta línea: en la búsqueda de la perspectiva adecuada para el análisis de los costes y beneficios del cuidado. En este sentido, mi ponencia no es ni pretende ser, digámoslo así, teoría acabada ni problemas resueltos. Más bien se trata de ideas sobre las cuales me gustaría continuar la reflexión con todas vosotras. Lo que quiero transmitir hace referencia fundamentalmente a los "costes", y está ordenado alrededor de tres ideas básicas.

PRIMERA IDEA: ¿Podemos plantearnos el cuidado como un análisis coste-beneficio? ¿Qué estaría implicando?

Para comenzar a reflexionar sobre los "costes" del cuidado, creo que debiéramos comenzar por plantearnos cuál es (o debiera ser) el objetivo básico de toda sociedad. Es posible que pudiéramos coincidir en que el objetivo central de cualquier sociedad es la subsistencia de su población en las mejores condiciones posibles, lo cual incluye (o debiera incluir) el cuidado de todos sus miembros: cómo se mantienen, cómo subsisten, cómo se cuida a las personas dependientes, etc. Visto desde esta perspectiva y aceptando que este sea el objetivo fundamental, entonces no tiene sentido que la propia sociedad se plantee como un "coste" el cuidado de su propia población. Sería absurdo que nos planteáramos como un coste el mantenernos a nosotros/as mismos.

En las sociedades más primitivas, la preocupación central era la subsistencia de sus miembros, y todos los trabajos y actividades estaban orientados a ese fin. En muchos momentos históricos, la subsistencia no estuvo asegurada y en estas circunstancias una estrategia relativamente habitual fue abandonar a las personas mayores que ya no estaban en condiciones de colaborar con trabajo para la subsistencia del grupo. Esta norma social, que hoy nos puede parecer casi inhumana, era una estrategia racional, ya que el mantener una población dependiente, ponía en peligro la permanencia del propio grupo. Hoy en nuestras sociedades occidentales industrializadas con enormes excedentes, una norma de esas características no se justifica bajo ningún punto de vista medianamente civilizado, y, sin embargo, el verano recién pasado hemos permitido que muriera un número importante de personas ancianas y enfermas sencillamente porque no tenían como protegerse de la ola de calor que padecimos. Los abandonamos a su suerte y no pudieron resistir.

Ahora bien, desde que las sociedades tienen capacidad para producir con excedente, deben decidir a qué destinan dicho excedente: repartir a partes iguales y mejorar el nivel de vida de todos y todas, aumentar la población, mantener población parásita, etc. Pero, no necesariamente las decisiones sobre el excedente serán de reparto equitativo. Si por algún mecanismo (de poder político, social o militar), el excedente se lo apropian unos pocos, entonces, para ese grupo de población, el hecho de mantener determinados sectores no productivos de la población (como las personas enfermas o ancianas), será visto como un "coste" porque significa disminuir su ganancia, su excedente¹. En esta situación, el objetivo de la sociedad, o más bien, el del grupo dominante, ya no será la calidad de vida y el cuidado de la población, sino la maximización de la ganancia de dicho grupo.

¹ Esta situación también podría darse en sociedades sin excedente donde un sector de la población se apropiara de la subsistencia de otro sector más débil.

En el caso concreto de nuestras sociedades patriarcales-capitalistas, el objetivo central está situado casi exclusivamente en el beneficio empresarial. La vida humana no es objetivo prioritario, por el contrario, está al servicio de la producción mercantil. Las desregulaciones y "flexibilidades" del mercado laboral reflejan la concepción de las personas como "recursos humanos" que deben adaptarse a las necesidades de las empresas para que estas incrementen sus beneficios. Las personas que no están en condiciones de participar en el trabajo de mercado y requieren cuidados, son consideradas por tanto como un coste que tiende a reducir el beneficio.

SEGUNDA IDEA: El cuidado como "coste" en una sociedad patriarcal-capitalista.

Tradicionalmente la economía ha establecido fronteras muy estrechas de análisis: el campo de estudio económico ha sido el mundo público mercantil, donde trabajo se ha identificado con empleo. En consecuencia, la economía ha funcionado con falsos límites de la vida social y económica, lo que le ha permitido presentarse como sistema "autónomo", como sistema independiente de otros procesos sociales y laborales.

Esta falsa idea de autonomía del sistema económico se acompaña con la también falsa autonomía del sector masculino de la población. La responsabilidad de las mujeres en la subsistencia y el cuidado de la vida, ha permitido desarrollar un mundo público aparentemente autónomo, desligado de la vida humana, basado en la falsa premisa de libertad; un mundo incorpóreo, sin necesidades que satisfacer; un mundo constituido por personas inagotables, siempre sanas, ni demasiado jóvenes ni demasiado adultas, autoliberadas de las tareas de cuidados, en resumen, lo que se ha venido a denominar "el hombre económico o el hombre racional o el hombre político". Sin embargo, tanto este personaje como el sistema económico oficial, sólo pueden existir porque sus necesidades básicas -individuales y sociales, físicas y emocionales- quedan cubiertas con la actividad no retribuida de las mujeres. De esta manera, la economía del cuidado sostiene la vida humana, ajusta las tensiones entre los diversos sectores de la economía y, como resultado, se constituye en la base del edificio económico.

Ahora bien, la existencia de una economía monetaria donde todo se traduce a precios de mercado y de una economía no monetaria no reconocida como tal, permite que los bienes y servicios producidos en esta última no tengan categoría económica (no tienen precio de mercado) ni representen, por tanto, un coste. Pero, si las actividades no monetarias pasan a ser asumidas por la economía pública mercantil, entonces sí representan un coste (individual o social). Así, mientras existía el modelo tradicional de familia y las mujeres mayoritariamente se hacían cargo del cuidado en el hogar, este no aparecía como coste. Pero, cuando éstas salen al mercado laboral, el cuidado comienza a ser percibido como un coste porque se demandan más servicios de mercado.

En definitiva, como consecuencia de los estrechos límites definidos por la economía existe una invisibilidad de los procesos económicos que caen fuera de los límites establecidos pero, sobre todo, una invisibilidad de los nexos profundos y necesarios que estos procesos considerados como "no económicos" tienen con la producción mercantil. Dicha invisibilidad le permite al sistema económico oficial traspasar "costes" a las economías no monetarias y echar mano del trabajo de cuidados de las mujeres como si fuese un recurso inagotable de oferta infinita.

A nivel social, el desplazamiento de costes a la economía del cuidado (es decir, trabajo de mujeres) asume formas múltiples y variadas. De entrada, los salarios nunca han sido suficientes para el mantenimiento de las personas del hogar y siempre ha sido absolutamente necesario incorporar una cantidad importante de horas de trabajo no remunerado para asegurar la subsistencia de la población. La insuficiencia de servicios de cuidados infantiles o centros de atención de personas ancianas o enfermas también repercute directamente en un aumento del tiempo de cuidado de las mujeres que asumirán la parte de la actividad que el estado deja de ofrecer. O, el recorte del gasto público que se traduce en reducciones de costes por parte del sector sanitario, significa requerimientos de cuidados cada vez mayores exigidos a las familias: tratamientos en el hogar, cuidados post-operatorios, presencia nocturna de un familiar en los ingresos hospitalarios, etc., cuidados que normalmente asumen las mujeres.

A nivel individual, las mujeres como cuidadoras universales, deben tomar decisiones no libres para poder organizar su vida entre el mercado y el cuidado. Hacen de "variable de ajuste" (lo cual no representa idea de conciliación armónica), intentando compatibilizarlo todo para que las personas del hogar tengan la mayor calidad de vida posible. Y, en este proceso, no sólo se cuida a los niños, niñas o personas ancianas o enfermas, como se acostumbra a mencionar, sino también a los hombres adultos. Sin embargo, el cuidado de estos últimos normalmente no se refleja como un coste. Seguramente porque los "homo economicus" se nos presentan como personas sin necesidades que satisfacer, como si fuese un modelo posible de universalizar. Todo en conjunto representa costes específicos para las mujeres: costes monetarios directos, costes en tiempo básicamente de ocio, costes en desgaste de energías, en malestar, en renunciaciones. En consecuencia, podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que parte del beneficio capitalista no es otra cosa que estos costes ocultos no contabilizados que representan trabajo gratuito de las mujeres.

TERCERA IDEA: ¿Cómo deberían plantearse los cuidados, desde dónde debieran estudiarse?

El tema de fondo es que el mantenimiento y cuidado de la población debiera ser un objetivo prioritario social y político. No puede plantearse ni como un coste ni como un problema individual. La población no puede ser un coste para la propia sociedad. No se puede aceptar analizar los cuidados partiendo de la idea de coste-beneficio. Hay que ampliar los estrechos límites de la economía e incorporar todo el trabajo no remunerado.

Por ejemplo, actualmente, el cuidado de las personas mayores se discute básicamente como un gran coste social: el problema financiero de las pensiones. Sin embargo, el tema es muchísimo más amplio. La cuestión es cómo cuidamos a la población anciana, y eso implica y requiere bastantes más recursos que sólo el recurso monetario de las pensiones. Además, hemos aceptado sin discusión que llegada una edad las personas deben disminuir su calidad de vida en términos que van más allá del propio envejecimiento natural.

La cuestión sería comenzar estableciendo la calidad de vida, los estándares de vida que se quiere obtener para la población; estándares de vida como algo que va mucho más allá de una "cesta de bienes". La idea de estándares de vida es un concepto complejo, que además de la satisfacción de las necesidades biológicas y sociales, incorpora también la satisfacción de las necesidades emocionales y afectivas.

Considerando el bienestar de la población como idea central, es por supuesto necesario incorporar en el estudio, el análisis de los recursos necesarios para lograr dicho objetivo. Pero no con la idea de coste, sino de objetivo necesario. En nuestras sociedades, estos recursos vistos a nivel macro tienen se obtienen de la producción global (mercantil y no mercantil) de bienes y servicios. Y, desde una visión más microeconómica (desde los hogares), se obtienen fundamentalmente por tres vías: recursos monetarios, trabajo familiar doméstico y servicios ofrecidos desde el sector público. La discusión entonces es qué recursos deben destinarse al cuidado, cómo se organizan, cómo se reparten entre los distintos sectores sociales, entre mujeres y hombres, etc. Y en esto, seguramente no sería una mala cosa aprender de la experiencia femenina del cuidado, utilizándola como un modelo a imitar por todos y todas.